

HISTORIA DE MERLÍN

Introducción y traducción de
Carlos Alvar

Epílogo de Carlos García Gual

 Siruela

Libros del Tiempo Lecturas Medievales

Índice

Introducción	
Carlos Alvar	9
Bibliografía	22
HISTORIA DE MERLÍN	25
Tabla de concordancias	421
Epílogo	
Carlos García Gual	425

Cuenta la historia que el demonio se enfadó mucho con la visita de Nuestro Señor al infierno, cuando sacó de allí a Adán y a Eva, y a cuantos quiso. Al verlo, los diablos habían sentido un gran miedo y se habían quedado admirados; reunidos, se decían: «¿Quién es este que puede más que nosotros, de forma que no hay nada que le impida hacer lo que desea? Nunca pensamos que pudiera nacer de mujer ningún hombre que se nos escapara y que no fuera nuestro, y este nos maltrata. ¿Cómo ha nacido que no hallamos en él ningún pecado, al contrario de lo que ocurre en todos los demás hombres?».

A estas palabras contestaba otro diciendo: «Este nos dará la muerte, pues pensamos que valdrá más que nosotros. Acordaos de que los profetas dijeron que el Hijo de Dios vendría a la tierra a salvar a los pecadores, descendientes de Adán y Eva, y que se llevaría a cuantos quisiera. Nosotros fuimos a atormentar a los que así hablaban y los maltratamos más que a nadie; aunque hacían como si no les molestara en absoluto el daño que les causábamos, y consolaban a los demás pecadores diciéndoles que vendría a la tierra quien los liberaría. Así lo decían los profetas, y ahora lo tenemos entre nosotros y nos ha quitado lo que habíamos conseguido, sin que nadie tuviera derecho a reclamarlo, y nos ha privado de todos los demás sin que sepamos cómo lo ha hecho. ¿No sabes que hace que los laven con agua en su nombre? Lo hacen en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, con lo que tendríamos que estar seguros de haberlos perdido, y no podemos hacer nada contra ellos si no se acercan a nosotros por sus obras: de tal modo ha

reducido nuestro poder que nos lo ha quitado completamente; es más, ha dejado ministros suyos en la tierra, para que los salven aunque hagan obras de las nuestras, si desean arrepentirse y abandonarnos, haciendo lo que sus maestros les ordenen. Los hemos perdido sin remedio. Les ha dado un buen alimento espiritual el que ha venido a la tierra a salvar a los hombres, naciendo de mujer y padeciendo los tormentos del mundo, sin que lo supiéramos, sin pecados de hombre ni de mujer: lo descubrimos y lo hemos tentado de todas las maneras que hemos podido; después de probarlo sin encontrar en él la menor muestra de pecado, se entregó a la muerte para salvar al hombre: mucho debe amarlos quien sufre tan gran pena para quedarse con ellos, quitándonoslos. Y nosotros deberíamos esforzarnos mucho para evitarlo, y que no se nos prive de nada que sea nuestro en legítimo derecho; debemos ingeniárnoslas para obligarles a hacer obras de las nuestras, de forma que no se puedan arrepentir, ni hablar con los que les perdonarían».

Todos están de acuerdo, y dicen a la vez: «Lo perderemos todo, ya que puede perdonar los pecados hasta el momento mismo de la muerte del hombre, poniéndolo de su parte; aunque hagan lo que queramos, los perderemos si se arrepienten, nos quedaremos sin nada».

Después de hablar un rato, afirman: «Los que nos han causado mayor daño han sido quienes anunciaron su llegada a la tierra; son ellos los que nos han hecho el gran mal. Cuanto más lo anunciaban, más los atormentábamos, de forma que parece que se apresuró a venir en su ayuda, para socorrerlos de los tormentos que les dábamos. ¿Cómo podríamos hacer para conseguir un hombre que hablara, explicara nuestras razones, nuestras hazañas y nuestros asuntos, y que tuviera el poder como nosotros lo tenemos de conocer las cosas ocurridas, dichas y pasadas? Si consiguiéramos un hombre que pudiera hacerlo y que supiera esas cosas, y que a la vez viviera en la tierra con los otros hombres, podría ayudarnos a engañar a los hombres, igual que los profetas nos engañaron a nosotros, haciéndonos creer que estaban de nuestra parte y nos advertían de cosas que jamás pensamos que pudieran llegar a ocurrir. Un hombre así diría las cosas que serían hechas y dichas cerca y lejos, con lo que los demás hombres le creerían sin dificultad. Si se consiguiera, sería un logro muy ventajoso».

Toma la palabra otro diablo, y dice: «Yo no puedo concebir ni engendrar en mujer; de no ser así, lo haría, pues conozco a una mujer que hace siempre lo que yo deseo; entre nosotros —continúa—, hay quien puede tomar apariencia humana y vivir con una mujer, pero debe hacerlo lo más secretamente posible: de esa forma podrán engendrar un hombre capaz de enseñarles a todos los demás».

Muy necios son los diablos al pensar que Nuestro Señor ignora sus propósitos. El diablo se propuso así engendrar a un hombre con sus conocimientos y su juicio, para engañar a Jesucristo hombre: es fácil apreciar la maldad y doblez del diablo.

Después de esta reunión, los demonios se marcharon, decididos a obrar según lo acordado. El que había dicho que tenía bajo su poder a una mujer, no tardó en ir a donde estaba; se presentó a ella tan pronto como pudo, y la mujer lo recibió de muy buen grado, dándole sus bienes y todo lo que tenía y dispuesta a hacer lo que el Enemigo le pidiera. Esta mujer era la esposa de un hombre muy rico, que tenía mucho ganado y otras muchas riquezas; tenían tres hijas y un hijo. El diablo no se descuidó, sino que fue a los campos, decidido a engañar al hombre, porque le había preguntado a su mujer cómo lo podría hacer, y esta le había contestado que no lo lograría de ninguna manera, a no ser que lo afligiera, «y si le quitas alguna cosa suya, se pondrá triste». El diablo fue a los campos en los que estaba el ganado, y causó la muerte a una gran parte de sus animales. Cuando los pastores vieron que estos se morían en medio del campo, se sorprendieron mucho, y acudieron a contarle a su señor la gran mortandad que había caído sobre sus animales. Al oír tal cosa, el buen hombre se preguntó admirado por qué morían, y también se lo preguntó a sus pastores, por si sabían algo; le respondieron que no.

Así quedó la cosa aquel día, y cuando el diablo lo vio afligido y triste por algo de tan poca importancia, le pareció que podría causarle un gran daño, entristeciéndolo más, para poder dominarlo mejor. Volvió al ganado y a diez hermosos caballos que tenía, y se lo mató todo de una sola vez. Al ver lo mal que le iba todo, se abatió y pronunció unas palabras insensatas, que su tristeza le empujó a decir, pues dio lo que tenía y lo que le quedaba al diablo. Este se puso muy contento al saber que le había hecho semejante regalo y se esforzó en causarle mayores daños, de forma

que no le quedó al buen hombre ningún animal vivo, y su tristeza fue mayor aún, abandonó la compañía de las gentes y nada le interesaba.

Cuando el diablo vio que lo había privado de la compañía de la gente, estuvo seguro de que haría en todo su voluntad. Luego, fue a la cama en la que dormía su hijo, que era muy hermoso, y se lo estranguló, de modo que por la mañana lo encontraron muerto. Al ver que también había perdido a su hijo, el padre se desesperó y maldijo su fe. En ese momento, el diablo —que no podía quitarle nada más— se alegró mucho. Hizo que la mujer, por la que había ganado todo esto, se subiera a un arca en la bodega, que colocara una cuerda en el techo, que se la atara al cuello y que, después, se tirara del arca, ahorcándose y quedando colgada y estrangulada. Fue hallada en tal situación el día siguiente por la mañana. Cuando el buen hombre se enteró de que también había perdido a su mujer, además de haberse quedado sin hijo, tuvo tan gran dolor que le sobrevino una enfermedad que le causó la muerte.

Es así como obra el diablo con los que quiere dominar. Luego, se puso muy contento y empezó a meditar de qué manera engañaría a las tres hijas que habían quedado. Había un muchacho que hacía lo que él deseaba. Lo llevó en presencia de las jóvenes y empezó a tratar con una de ellas, dándole tantas vueltas con sus hechos y sus dichos que acabó seduciéndola, con gran alegría del diablo, que no se preocupa en ocultar sus victorias: al contrario quiere que se vean bien para mayor afrenta. Hizo que se supiera lo ocurrido gracias a su intervención, y fueron varios los que se enteraron. En aquel tiempo era costumbre que la mujer que era sorprendida en adulterio fuera entregada a todos hasta que se hiciera justicia con ella. Y como el diablo siempre quiere afrentar a los suyos, dio a conocer este asunto, el muchacho huyó y la mujer fue apresada y llevada ante los jueces, que la juzgaron con gran compasión por el afecto que tenían a su padre.

«He aquí un hecho digno de admiración —decían los jueces—, en poco tiempo el padre de esta joven ha tenido innumerables desgracias, pues no hace mucho que era uno de los hombres más ricos de esta tierra, y ahora lo ha perdido todo.» Así hablaban, y deciden enterrarla durante la noche, viva, para vergüenza de sus amigos. Tal es el comportamiento del diablo con quienes consienten su voluntad.

Había en aquella tierra un buen confesor, hombre de santa vida, que oyó contar lo ocurrido. Fue a ver a las dos hermanas, que eran la mayor y la más pequeña, para consolarlas. Les preguntó cómo había ocurrido lo de su padre, su madre, su hermano y su hermana. Le responden que no sabían; «pensamos que Dios nos odia y permite que padezcamos estos tormentos».

—No tenéis razón —les contesta el santo hombre—, y os equivocáis. Dios no odia a nadie; al contrario, siente mucho que los pecadores se odien. Tened por seguro que todo ha ocurrido por obra del diablo. ¿Estáis seguras de que vuestra hermana, a la que habéis perdido de forma tan vil, había cometido la falta de la que le acusaron?

—No sabemos nada.

—Guardaos de las malas obras que llevan a los pecadores a mal fin.

El santo hombre les da muchos consejos y recomendaciones. La hermana menor quería que fuera quemado y convertido en cenizas, mientras que a la mayor le agradó mucho lo que les había dicho el confesor. Luego, el santo hombre le enseña la fe y las virtudes de Jesucristo. La doncella se esforzó con atención y gran interés en retener lo que le enseñaba: «Si creéis —le decía— lo que os voy a enseñar y a decir, obtendréis gran provecho. Seréis mi hija y mi amiga en Dios; si seguís mis consejos, nada os angustiará, y os sacaré de vuestras preocupaciones con la ayuda de Nuestro Señor. No desmayéis, pues Dios os guiará con buenos consejos, si lo seguís. Venid a verme con frecuencia; no estaré lejos de aquí».

De esta forma aconsejaba el santo hombre a las dos hermanas, conduciéndolas al buen camino. Ellas creyeron al confesor por las buenas palabras que les decía.

Cuando el diablo se enteró, lo sintió mucho, y temió perderlas. Pensó cómo hacerlas caer. Había cerca de allí una mujer que muchas veces había hecho su voluntad y obrado como él deseaba. El Enemigo se dirigió a aquella mujer y la envió a la hermana menor, pues no se atrevía a hablar con la mayor, que tenía un comportamiento muy humilde. Se retiró con la menor y habló con ella a solas, preguntándole muchas cosas de su vida y de su forma de ser.

—¿Qué vida —le preguntó— lleva ahora vuestra hermana? ¿Está contenta o triste?

—Mi hermana —le contesta— está siempre tan pensativa por las desgracias que nos han ocurrido, que no muestra buena cara a nadie, ni a mí ni a ningún otro. Un santo hombre que se pasa el día hablando con ella de Dios la ha cambiado y la ha hecho de los suyos, de forma que no hace nada más que lo que este quiere.

—En mala hora —exclama la mujer— fue engendrado vuestro hermoso cuerpo, que nunca tendrá alegría mientras sigáis a su lado. ¡Ay, Dios, si supierais las alegrías de otras mujeres, os apreciaríais poco! Tenemos tal gozo cuando estamos con nuestros amigos, que, aunque solo tuviéramos un mendrugo de pan, estaríamos más a gusto que vos con todas las riquezas del mundo. Dios, ¿de qué vale la alegría de una mujer si no está acompañada por un hombre? Mi hermosa amiga, lo digo por vos, que nunca tendréis ni sabréis lo que es la compañía de un hombre; y os diré por qué: vuestra hermana es mayor que vos; tendrá esa alegría antes que vos y, luego, le importará poco. De esa forma perderéis la ocasión de gozar de vuestro hermoso cuerpo, que en mala hora fue.

Cuando la muchacha oye lo que la mujer le dice, le contesta:

—¿Cómo me voy a atrever a hacer lo que decís, si mi otra hermana fue condenada a muerte por lo mismo?

—Vuestra hermana lo hizo de forma alocada. Si me hacéis caso, no podréis ser acusada y podréis gozar de vuestro cuerpo.

—No sé cómo, y no me atrevo a hablar más del asunto.

Cuando el diablo oyó estas palabras, se puso muy contento y estuvo seguro de que podría hacer con ella según su voluntad. Se llevó a la mujer. Después de que la mujer se marchara, la doncella se quedó pensativa; por la noche contempló su propio cuerpo cuando fue a acostarse. «Ciertamente —se dijo—, tiene razón esa buena mujer, al decir que estoy desperdiciada». Por la mañana, apenas se levantó, no se olvidó de todo el asunto, pues el demonio la tenía bien cogida; envió en busca de la mujer, a la que le dijo nada más llegar:

—Teníais razón al decirme que poco le importo a mi hermana.

—Bien lo sé, y aún le importaríais menos si tuviera su gozo. No hemos sido hechas para otra cosa, sino para tener deleite de los hombres.

—Me gustaría mucho tenerlo, pero temo que me condenen a muerte.

—Os condenarían si lo hicierais de forma tan alocada como

vuestra hermana. Os enseñaré de qué modo tenéis que hacerlo para que no os pase nada.

—Decídmelo, creeré vuestro consejo.

—Os entregaréis a todos los hombres y abandonaréis toda tristeza; diréis que no podéis seguir con vuestra hermana, y así podréis hacer vuestra voluntad con respecto a vuestro hermoso cuerpo; la justicia no se atreverá a acusaros de nada y quedaréis fuera de cualquier peligro. Después de haber vivido durante algún tiempo en tal vida, habrá algún hombre de gran valía que se pondría muy contento si pudiera teneros, por vuestras muchas riquezas. De este modo disfrutaréis del gozo de este mundo.

La joven acepta todo lo que la mujer le dice, y afirma que lo hará así. Y así lo hizo, pues dejó a su hermana y entregó su cuerpo a todos los hombres, por el consejo de la mujer, con gran alegría del diablo. Cuando su hermana se enteró de la conducta que llevaba, fue a ver al santo hombre que le mostraba el recto camino; estaba muy triste y sentía gran pesar por haber perdido de aquel modo a su hermana. Cuando el confesor vio el gran duelo que hacía, sintió una honda compasión, y le dijo:

—Santíguate y encomiéndate a Dios, pues te encuentro muy atemorizada.

—Tengo motivos, porque he perdido a mi hermana.

A continuación le cuenta lo que sabía del asunto, y le dijo que se había entregado a todos los hombres. Cuando el santo hombre lo oyó, se quedó espantado, y le dijo a la joven:

—El diablo aún está alrededor de vosotras, y no cejará hasta que os haya hecho caer, si Dios no os guarda.

—Señor —le pregunta—, ¿cómo puedo evitarlo? No hay cosa en el mundo a la que le tema tanto como a que me haga caer.

—Si me crees —le contesta el santo hombre—, no conseguirá sus propósitos.

—Haré lo que me digáis.

—¿Acaso no crees en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, que los tres son una misma cosa en Dios y en la Trinidad? ¿No crees que Nuestro Señor vino a la tierra a salvar a los pecadores que quisieran creer en el bautismo y en los demás sacramentos de la Santa Iglesia y de los ministros que dejó en la tierra para salvar en su nombre a los creyentes, dirigiéndolos por el buen camino?

—Creo en todo, tal como me lo habéis enseñado, y que Dios me guarde de ser engañada por el diablo.

—Si de verdad lo crees como dices, ni el diablo, ni el Enemigo podrán causarte ningún daño; te pido y te ruego por todas las cosas que te guardes de caer en la tristeza, que es el mejor albergue para el diablo: por eso debes guardarte de cometer faltas y debes superar las dificultades que te sobrevendrán, cuando estés triste, mi dulce amiga, acude a mí y cuéntamelo todo tal como te ocurra; reconóctete culpable ante Nuestro Señor, ante todos los santos y las santas y ante todas las criaturas que creen en Dios, y cada vez que te acuestes y que te levantes, santíguate con el signo de la cruz en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y en el nombre de la Cruz en la que padeció muerte por proteger a los pecadores de la muerte en el infierno, frente al diablo.

»Si lo haces así —continuó el santo hombre—, no tendrás que preocuparte por el Enemigo. Procura que haya claridad en el sitio en donde te acuestes.

De esta forma adoctrina el santo hombre a la doncella, que siente gran miedo de que el diablo la haga caer. Después, regresa a su casa, mostrando gran humildad ante su Creador y ante los pobres de aquella tierra. Los hombres más virtuosos y las mejores mujeres van a verla, y le dicen:

—Por mi fe, bella amiga, ciertamente debéis estar espantada por el tormento que os ha llegado con vuestro padre, vuestra madre, vuestras hermanas y vuestro hermano, que murió así. Seguid ahora los buenos consejos y poned en ellos el corazón, pues sois mujer muy rica y tenéis buena herencia: cualquiera que pudiera casarse con vos se tendría por contento.

—Que Nuestro Señor me mantenga tal como a Él le parezca que debe ser y según considere que lo necesito.

La doncella se mantuvo así durante dos años o más, sin que el diablo la pudiera hacer caer en todo ese tiempo y sin que consiguiera que realizara ninguna mala obra, muy a pesar suyo, que sabía que no podría vencerla si antes no le hacía olvidar las enseñanzas del santo hombre y si no lograba que se entristeciera, pues no tenía ninguna intención de cometer la menor falta.

Ocurrió entonces que un sábado por la tarde entró su hermana en la casa en la que ella estaba, para tentarla y ver si podría hacerla caer. Permaneció allí hasta bien entrada la noche, en compañía de

numerosos muchachos que entraron con ella en la casa. Al verla, su hermana se enfadó mucho, y le dijo:

—Buena hermana, si queréis llevar esa vida, no debéis venir por aquí, pues seré objeto de censuras que no necesito.

Cuando la otra oyó estas palabras y que por ella sería censurada, se encolerizó y le habló como quien tenía dentro de sí al diablo, amenazó a su hermana y le dijo que el santo hombre la amaba con loco amor y que si la gente se llegaba a enterar, sería quemada. Al escuchar la diablura que le dice su hermana, se encolerizó más aún y le ordenó que abandonara la casa. La hermana le respondió que era tanto del padre de una como de la otra, y que no se marcharía. Como no quería irse, la cogió por los hombros para echarla fuera; la otra se defendió, y los muchachos que habían ido con ella, le ayudaron y golpearon dolorosamente a su hermana, que cuando pudo escapar se encerró a solas en una habitación, se acostó completamente vestida y lloró con amargura. El diablo, apenas la vio sola y afligida, se puso muy contento y se dijo que todo iba mejor; aprovechó para hacer que la joven se acordara continuamente de la muerte de su padre, de su madre, de sus hermanas y de su hermano: no cesa de llorar, de lamentarse con dolor y con gran tristeza, y en medio de ese dolor se quedó dormida.

Cuando el diablo comprobó que había olvidado todo lo que el santo hombre le había dicho, no dudó de que ya estaba lejos de la custodia de su maestro, «ahora podremos poner en ella a nuestro hombre». Este diablo tenía el poder de concebir y de yacer con mujer. Lo preparó todo y se acostó con ella carnalmente mientras estaba dormida, y concibió. Al punto, se despertó la doncella y, acordándose del santo hombre, hizo la señal de la cruz, a la vez que decía: «Señora Santa María, ¿qué es lo que me ha ocurrido? Me encuentro peor que cuando me acosté. Gloriosa Madre de Dios, suplicadle a vuestro querido Hijo que guarde mi alma y que proteja mi cuerpo de cualquier tormento y del poder del Enemigo».

A continuación se levanta y busca al que le había hecho aquello, pensando poder encontrarlo; corre a la puerta de la habitación, pero está cerrada; busca por todas partes en vano: entonces se da cuenta de que ha sido engañada por el Enemigo; se lamenta e invoca con gran dulzura a Nuestro Señor, rogándole que no permita su deshonra. Pasó la noche y llegó el día. Tan pronto

como amaneció, el diablo se llevó a la mujer que le había ayudado a hacer esto, que para eso la había hecho ir. Cuando su hermana y los muchachos se marcharon, la hermana salió muy triste de la habitación, llamó a un servidor y le dijo que hiciera venir a dos mujeres, con las que se puso en camino en cuanto llegaron, fue a su confesor, que al verla le dice:

—Te encuentras en una situación grave, pues te veo muy preocupada.

—Señor, me ha ocurrido algo que nunca le ha sucedido a ninguna mujer más que a mí, y vengo a vos para que me deis consejo, pues me habéis dicho muchas veces que nadie puede cometer un pecado, por grande que sea, que si se confiesa arrepentido y si cumple la penitencia que le impone el confesor, no le sea perdonado. Señor —continúa—, he pecado y he sido sorprendida por el Enemigo.

A continuación le cuenta cómo había ido su hermana a la casa y cómo se enfadó con ella, fue golpeada por los muchachos y cómo se encerró afligida en la habitación, atrancando la puerta tras ella; y que por la tristeza y la aflicción se olvidó de hacer la señal de la cruz, «y no me acordé de ninguna de vuestras enseñanzas; cuando me desperté, me encontré deshonorada y desvirgada, aunque la puerta de mi habitación seguía tan bien cerrada como yo la había dejado, y no encontré a nadie por allí, de modo que no sé quién me lo hizo. Señor, así he sido engañada y os pido misericordia; mi cuerpo está atormentado, pero rogad que mi alma no se pierda».

—Estás llena de diablos —le contesta, tras escucharla con atención—, y los diablos viven en ti. ¿Cómo puedo confesarte y ponerte penitencia por lo que me dices? No ha habido mujer que pierda su honra sin saber quién se lo ha hecho, o al menos, sin ver al hombre que se lo hacía. ¿Pretendes hacerme creer que te ha ocurrido eso?

—Que Dios me guarde de tormento, como que es verdad cuanto os he dicho.

—Si es tal como dices, lo podrás comprobar por ti misma. Has cometido un grave pecado al desobedecerme; por eso, te voy a poner como penitencia que el resto de tu vida no comas los viernes más que una sola vez; y por lo que dices de la lujuria (en lo que no te creo en absoluto), también te pondré una penitencia

para toda tu vida, pues así tengo que hacerlo, si es que quieres aceptarla.

—Señor, no me mandaréis nada que yo no me esfuerce en hacerlo todo lo posible.

—Que Dios te lo permita. Dices que vienes en busca del consejo de la Santa Iglesia y por la misericordia de Jesucristo, que nos rescató pagando un rescate tan alto como fue su preciosa sangre y su propia muerte es confesión auténtica, arrepentimiento sencillo, con la decisión firme del corazón y del cuerpo.

—Tal como lo habéis dicho, lo haré con mucho gusto, si Dios quiere.

—Pienso que, si es cierto lo que me has contado, no tendrás que preocuparte.

—Así me guarde Dios de muerte vil y de castigos, como que es todo verdad.

—Me has prometido cumplir la penitencia, mantener tu arrepentimiento y abandonar el pecado.

—Así es, señor.

—Entonces, abandonarás toda lujuria: te la prohíbo completamente, salvo la que sobreviene entre sueños, que nadie puede evitarla. Tú verás si podrás hacerlo.

—Sí, muy bien; si me aseguráis que no me condenaré, no volverá a ocurrirme.

—Te defenderé ante Dios, según los mandamientos que nos hizo al colocarnos en la tierra.

La joven acepta la penitencia que le pone el santo hombre y llora con profundo arrepentimiento. El confesor le hace la señal de la cruz y la bendice, volviéndola al buen camino lo mejor que puede por amor a Jesucristo; mientras, piensa cómo puede ser verdad lo que la muchacha le ha contado, hasta que concluye que ha sido engañada por el diablo: la llama y la lleva a donde está el agua bendita, y le hace que beba en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y luego se la echa por encima, diciéndole:

—No te olvides de mis mandamientos; siempre que me necesites, ven a verme.

A continuación, la santigua y la encomienda a Dios. La joven toma el camino y regresa a su casa; llevó una vida muy santa y de gran sencillez.